

Maestro Pereira

EDUARDO KEUDELL

La intuición es una categoría de la inteligencia y la inteligencia a su vez, puede ser foral y emocional, como da gusto afirmar ahora para explicar el fenómeno de Einstein. Todo el mundo sabe que el genio daba como chambón en los test convencionales, pero que después fue y enunció el equilibrio universal, y como consecuencia, se le extrajo el cerebro para honrarlo en pedacitos como si fueran *lignum crucis* o el meteorito de La Meca. Pero cabe añadir una categoría más a la inteligencia: la fascinación. Y me explico.

Aunque se venda como una novedad, el asunto de la inteligencia emocional es añoso. Lo emocional es lo perdurable y, como esto es obvio y resulta tan difícil de verbalizar, me remito a Machado: “Sólo recuerdo la emoción de las cosas, y se me olvida todo lo demás”.

La emoción es consustancial a la inteligencia y continente de lo diferencial humano, es decir de la violencia y la ternura que Juan Rof Carballo explicó para que saliéramos de la ciénaga del amor, término éste gastado y hasta vituperado por la religión y los siglos. En esta tesitura, a estas alturas del colapso cultural, cuando ya deberíamos merecer vivir sin gobiernos y vivimos gobernados por la desidia, aunque no atinemos a pedir “más luz”, la luz surge en lo podríamos llamar la “Literatura útil”, curativa de la angustia existencial, generada por un agente de la inteligencia que va y viene de los primigenio y sale indemne de ese viaje, precisamente porque es un agente genitivo.

ES decir que, así como para la guerra hay que ir armado, para poder entrar en el magma de la condición humana y no morir en el intento hay que generar fascinación. Antonio Pereira. Cuyo libro «Cuentos de la Cábila» se presentó ayer, es dicho agente, su inteligencia superior se plasma en su obra y es objeto de transferencia por parte del lector. La reflexión, la ternura, el raciocinio, en fin, del sujeto-lector; se transfiere al Verbo pereiriano, y a mí se me figura que «descansa» en él, en esa especie de melopea que es la música de la comprensión.

Entiendo que, como resultado, el maestro Pereira ha situado la fascinación en la

escala categorial más elevada de la inteligencia emocional y, es más, así cierra el círculo y nos deposita en la inteligencia absoluta, es decir, al principio del pensamiento, la primera palabra que también es la última, como excelentemente explicó Eugenio Trías metaforizando con «Rosebud»

Antonio Pereira más que un hombre ya es una idea, una sublimación para las filiaciones necesarias en una sociedad de padres ausentes. En este sentido, Pereira dedica su libro al «poeta total» Juan Carlos Mestre, tal cual se deduce del cuento «La imposición de manos», a modo de anunciación.